

Domingo 6 de agosto de 1995

# PRIMER PLANO //

Suplemento de cultura de **Página 12**

Editor: Tomás Eloy Martínez

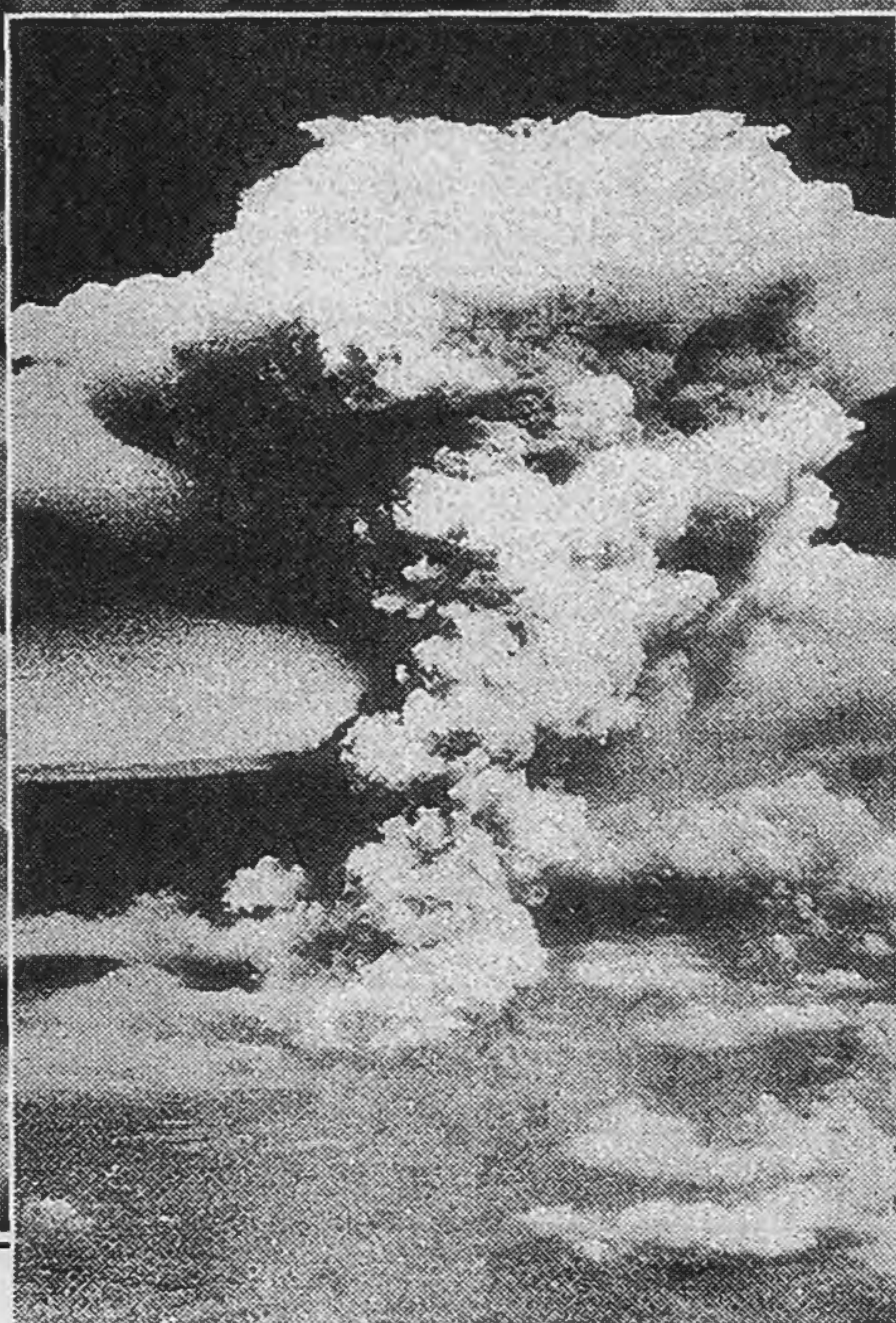
ANTICIPO DE  
"MOLOCH",  
8 *novela inédita de*  
Henry Miller

Un día como hoy, hace cincuenta años, la ciudad de Hiroshima quedó detenida a las 8.15, cuando un resplandor inaudito la redujo a cenizas y convirtió literalmente en sombras a casi la mitad de su población. La era atómica se inició con esa nueva masacre que tres días más tarde se repitió en Nagasaki, causando un total aproximado de 340 mil muertes. En las páginas

## CINCUENTA AÑOS DE HIROSHIMA

# LA BOMBA

2/3/4/5, además de la crónica del viaje del "Enola Gay", se incluye una visión actual del desastre. Un sobreviviente recuerda la mañana que no llegó a la escuela. Los científicos que inventaron la bomba se preguntan si estuvo bien lanzarla. El ingeniero Jacob Beser, que manejó los radares en las dos misiones, cuenta en una entrevista por qué lo volvería a hacer.





"¡Sonría, va a ser famoso!" La consigna sorprendió a la tripulación del Enola Gay: muchos ni siquiera sabían qué significaba "atómico".



# HIROSHIMA

PETER WYDEN

El coronel Paul Tibbets, piloto del "Enola Gay", se presentó a primera hora de la tarde del 2 de agosto ante el general LeMay en la XX División de la Fuerza Aérea; lo acompañaba el mayor Thomas Ferebee, el artillero que iba a arrojar la bomba.

—Paul, el primer blanco es Hiroshima—confirmó LeMay.

El fornido general señaló a sus visitantes un mapa sobre la mesa; se inclinó sobre las últimas fotos de reconocimiento de la ciudad y le preguntó a Ferebee cuál objetivo sugeriría. Ferebee, un profesional frío, célebre campeón de poker, apoyó su dedo índice sobre el Puente Aioi—inconfundible por su forma de T—, ubicado cerca del centro de la ciudad, ligeramente al sudoeste del Cuartel General del II Cuerpo de Ejército japonés. LeMay estuvo de acuerdo.

—Es el blanco más perfecto que vi en toda esta guerra de mierda—comentó Tibbets.

Hacia las 3 de la tarde los mimeógrafos escupían las órdenes secretas de una operación sin precedentes, la Misión Especial de Bombardeo N° 13. El primer ataque atómico de la historia tuvo entonces fecha: el 6 de agosto. El "área urbana e industrial de Hiroshima" fue ratificada como primer objetivo. La alternativa mayor era Kokura, que tenía un enorme arsenal. La segunda alternativa era Nagasaki. Niigata había sido excluida de la lista de blancos posibles por ser demasiado pequeña y aislada. La orden exigía que el bombardeo fuera "sólo visual", es decir, sin radar: la visibilidad tenía que ser buena, la altitud no superior a 9100 metros.

Siete aviones B-29 participarían de la operación. Uno esperaría en las islas de Iwo Jima por si el "Enola Gay" sufría algún desperfecto. Dos escoltarían a Tibbets hasta los alrededores del blanco. Otro sacaría fotos del evento. Otro funcionaría como laboratorio volante para medir las radiaciones. Los otros tres volarían adelante del "Enola Gay" hacia los distintos puntos posibles para transmitir por radio las condiciones meteorológicas.

**LA PARTIDA.** La noche del 5 al 6 de agosto el clima era pesado y caluroso. En la base de Tinian, el coronel Tibbets comió unas porciones de ananá frito con el mayor Ferebee y Theodore "Dutch" Van Kirk, el navegante. El coronel trató de dormir una siesta pero no hubo caso: demasiadas interrupciones. Van Kirk tomó dos sedantes pero no pudo relajarse y se quedó levantado jugando poker con Ferebee, el campeón local, y otros dos oficiales.

Alrededor de la medianoche, Tibbets convocó a la tripulación que iba a viajar con él. Inclusive en esa reunión continuó el secreto: como "muy poderosa" calificaba a la bomba, no "nuclear" ni "atómica"; les insistió a sus hombres, sin embargo, que por nada dejaran de usar los anteojos protectores.

A la 1.37 de la mañana los tres aviones exploradores salieron de North Field. El "Straight Flush", conducido por el mayor Claude Eatherly, se dirigió a Hiroshima. A las 2, la dotación del "Enola Gay" y sus dos aviones escoltas llegaron en camiones a la pista y casi no pudieron creer lo que allí sucedía: reflectores, cámaras, equipos de filmación, generadores y una banda de fotógrafos.

6 de agosto de 1945

Bautizado con el nombre de la madre de su piloto, Paul Tibbets, el bombardero "Enola Gay" inauguró de la peor manera posible la era nuclear hace hoy 50 años. En "Day One: Before Hiroshima and After", el periodista norteamericano Peter Wyden contó la gestación, la puesta en práctica y las consecuencias de la bomba atómica.

Traducciones: Gabriela Esquivada y Marcos Mayer

El general le había enviado un mensaje a Tibbets: quería que la partida fuera registrada para la historia, pero el piloto quedó duro de la sorpresa al encontrarse con ese ambiente de estreno de Hollywood. "Esperaba ver caminando por la pista al león de la Metro", recordó. "Era una locura". Uno de los fotógrafos empujó a Deke Parsons contra el "Enola Gay" y le indicó: "¡Sonría, va a ser famoso!".

A las 2.20 de la madrugada, después de que el último grupo fuera fotografiado—todos se las arreglaron para parecer distendidos—, Tibbets dijo: "OK, vamos a trabajar". Torpemente, doce hombres treparon la escalera y entraron, apretados, por la escotilla del "Enola Gay". Tibbets se asomó por una ventana bajo la cual se habían reunido todos los cameramen. "¡OK, muchachos—les gritó—, apaguen las luces! Tenemos que salir". A las 2.27 encendió los motores y llamó: "Hoyuelos 82 a Torre Tinian. Espero instrucciones para despegar".

A las 2.45 Tibbets miró a su copiloto, el capitán Robert Lewis, y sólo dijo: "Vamos". El "Enola Gay" comenzó a carretear por la pista con una incómoda sobrecarga, parte de la cual eran los 26.500 litros de combustible. Con más de dos tercios de la pista recorrida, la nave seguía muy lenta. Los tripulantes se miraban unos a otros, inquietos.

—Está demasiado pesada—gruñó el copiloto.

Tibbets no contestó. Mantuvo el bombardero en la pista hasta que alcanzó velocidad para subir el tren de aterrizaje y alzar la nariz del avión, al mismo tiempo que la tierra parecía desvanecerse, convertirse en mar. Tibbets se desentumeció, tomó un poco de café y pensó si no debía revelar a la tripulación qué clase de arma llevaban. Un secreto final seguiría sin ser revelado: la cajita de metal que llevaba en un bolsillo. Contenía nueve cápsulas de cianuro. Sólo en caso de desastre —le

habían indicado— debía decir a sus hombres que podían elegir entre dos maneras de evitar la tortura de los japoneses y llevarse a la tumba detalles cruciales del secreto atómico: suicidio por arma de fuego o por envenenamiento.

A las 2.52, Deke Parsons—que figuraba como armero pero era, en verdad, uno de los constructores de la bomba, y su misión era la de armarla en el vuelo—vació su pipa, tocó el hombro de Tibbets y le anunció: "Comenzamos".

Junto a Little Boy—como se llamaba el artefacto—, el teniente Norris R. Jeppson, uno de los asistentes de Parsons (el otro era el ingeniero electrónico Jacob Besser), sostenía una linterna. Era el último chequeo. Jeppson le acercaba una por una las herramientas y la escena podría haberse desarrollado en un quirófano, excepto por que las manos de Parsons quedaban negras y ensangrentadas. Muchas veces le aseguró a Tibbets por el intercomunicador que la operación iba bien.

A las 3.10 Parsons comenzó a poner pólvora en el Little Boy y conectó su detonador. En el más absoluto silencio reinstaló el blindaje. "OK—le anunció a Jeppson—, ya está". Pero la bomba no podía explotar aún. Un circuito eléctrico fundamental había quedado sin conectar, con toda precaución.

A las 4.55—hora japonesa—el avión laboratorio y el encargado de sacar las fotos se reunieron con el "Enola Gay" y Tibbets se convirtió en el extremo de una formación en V. Algunos de los hombres comenzaban ya a sentir la tensión; aún no se sabía, sin embargo, cuál de los tres objetivos bombardearían.

Poco después de las 6.30, Jeppson volvió a visitar la bomba: le quitó tres enchufes verdes y los reemplazó por otros tres, rojos. La conexión eléctrica estaba terminada. La bomba estaba lista. Jeppson le informó a Parsons, quien a su turno se lo comunicó a Tibbets, que difundió la noticia por el intercomunicador: "Llevamos a bordo la primera bomba atómica del mundo".

Varios hombres se quedaron sin aliento por un instante. El copiloto silbó. La mayoría escuchaba la expresión "atómico" por primera vez.

A las 7.25 el "Enola Gay" se acercaba a la altura necesaria cuando recibió el mensaje vital del mayor Eatherly, a bordo del "Straight Flush". Sobrevolando Hiroshima, informó por radio: "Cielo despejado. Aconsejo que sea el blanco".

—Es Hiroshima—anunció Tibbets por el intercomunicador.

A las 8.09 Parsons fue a la cabina y se ubicó tras Tibbets. En un gran hueco entre las nubes se dibujaba una ciudad abajo.

—¿Está de acuerdo con que éste sea el objetivo?—preguntó Tibbets.

—Sí—dijo Parsons, y asintió al mismo tiempo. —Estamos a punto de comenzar con el lanzamiento—informó Tibbets por el intercomunicador—. Pónganse los anteojos protectores.

En su diminuta silla de artillero, Tom Ferebee se inclinó, su bigote contra la mira y su ojo izquierdo alerta a los instrumentos. Le pidió a Tibbets un pequeño ajuste del rumbo.

—Entendido—aceptó Tibbets. Treinta segundos después de las 8.13, el piloto le comunicó a Ferebee: "Es toda tuya".

Tantas veces había estudiado Ferebee cada milímetro de las fotografías tomadas al objetivo que el

## CON ESTOS LIBROS HÁGASE SU AGOSTO

LAS NOVEDADES DEL MES

### GUILLERMO CABRERA INFANTE

**DELITO POR BAILAR EL CHACHACHÁ** Tres cuentos que pueden leerse como soberbias variantes de una única historia de amor. Ceremonias africanas y peligrosas conversaciones políticas en La Habana, antes y después de la Revolución.

ALFAGUARA, 104 págs. \$ 13

### ANDRÉS RIVERA

**EN ESTA DULCE TIERRA** Uno de los momentos más altos de la obra de Rivera, Premio Nacional de Literatura 1992. Junto a *La revolución es un sueño eterno*, *El amigo de Baudelaire* y *La sierva*, esta novela completa una visión apasionante de la historia argentina.

ALFAGUARA, 128 págs. \$ 13

### GUÍAS VISUALES

**SAN FRANCISCO** Todo lo que se puede ver y hacer en San Francisco, a través de un espectacular reportaje visual. La guía que le muestra lo que las demás sólo le cuentan.

EL PAÍS-AGUILAR, 314 págs. \$ 38

LOS GRANDES LIBROS DEL AÑO

### JOSÉ DONOSO

**DONDE VAN A MORIR LOS ELEFANTES** La cuarta edición de la nueva y celebrada novela de Donoso, con la que Alfaguara inicia la publicación de su narrativa completa.

ALFAGUARA, 384 págs. \$ 22

### NORBERTO BOBBIO

**DERECHA E IZQUIERDA** Uno de los mayores pensadores de nuestro tiempo reflexiona sobre una polémica que está en el centro de la actualidad mundial.

TAURUS, 194 págs. \$ 17

### NELSON MANDELA

**EL LARGO CAMINO HACIA LA LIBERTAD** La autobiografía del máximo líder en la lucha contra el racismo en Sudáfrica. Un testimonio ejemplar, ilustrado paso a paso con históricas fotografías.

EL PAÍS-AGUILAR, 664 págs. \$ 42

### HÉCTOR TIZÓN

**LUZ DE LAS CRUELES PROVINCIAS** Una historia conmovedora de inmigrantes italianos en el noroeste argentino. La gran novela de un escritor mayor.

ALFAGUARA, 208 págs. \$ 15

### VALDANO

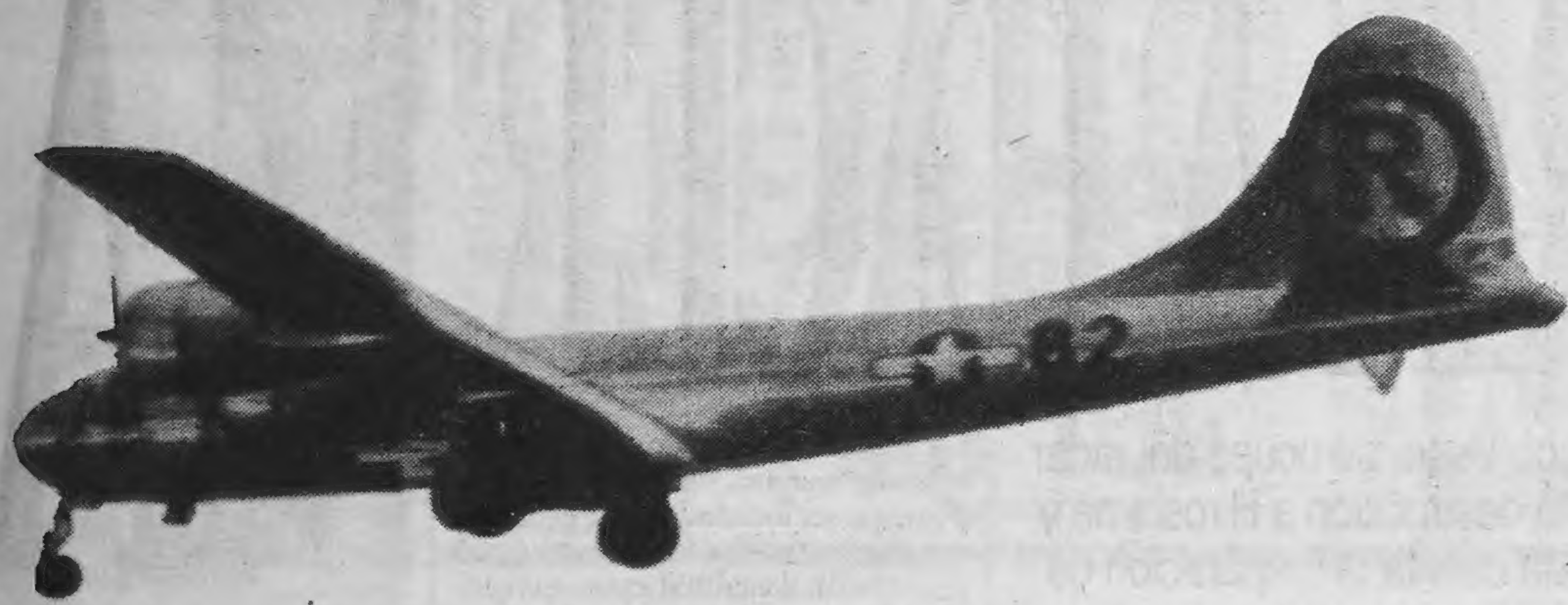
**SUEÑOS DE FÚTBOL / CARMELO MARTÍN** La concepción del fútbol—y de la vida—de un verdadero campeón mundial.

EL PAÍS-AGUILAR, 144 págs. \$ 17

AGUILAR, ALTEA, TAURUS, ALFAGUARA  
S. A. DE EDICIONES

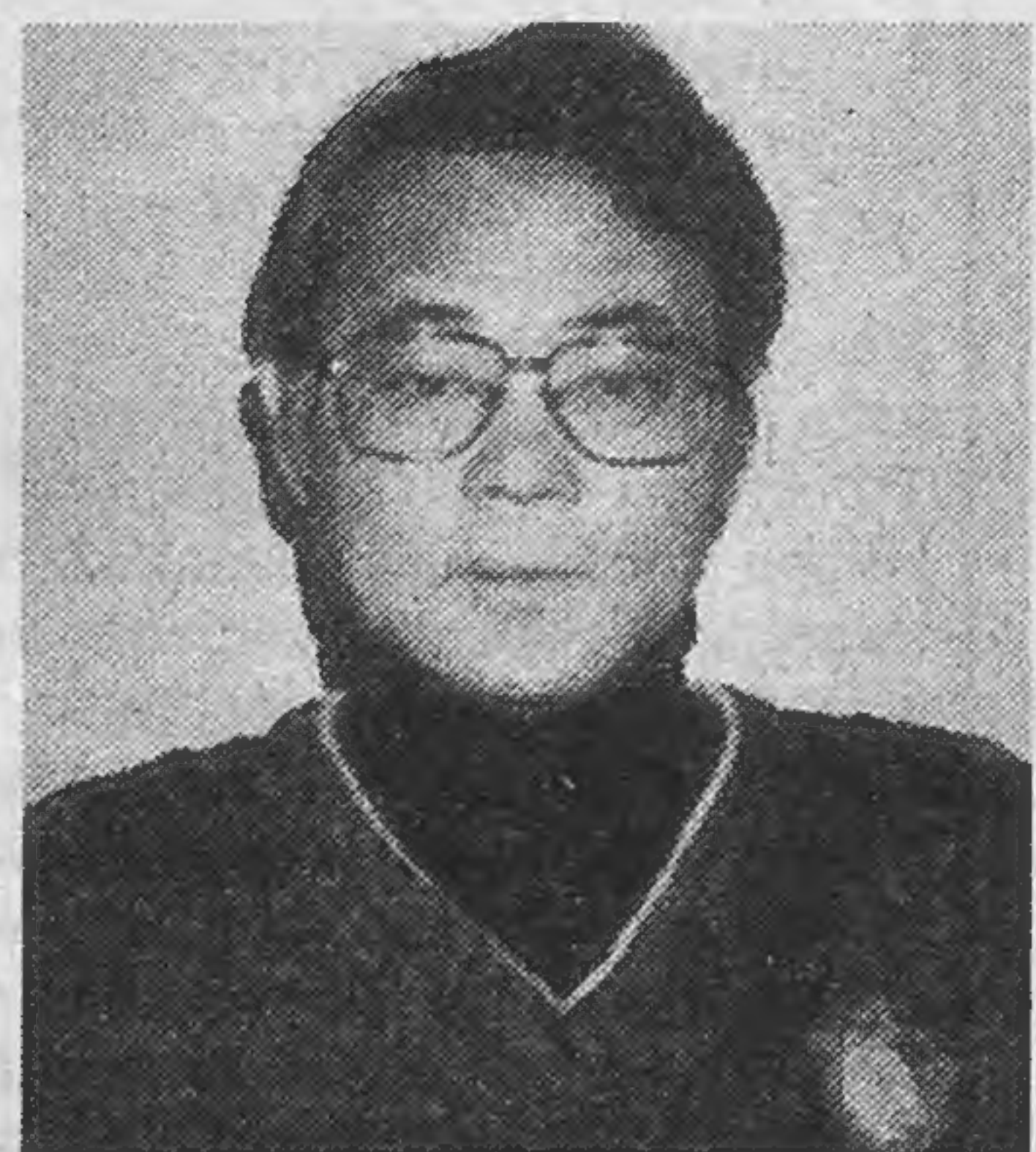
En las buenas librerías





# RELATO DE UN SOBREVIVIENTE

## EL INFERNO EN LA TIERRA



Keiji Nakazawa tenía seis años y vivía en Hiroshima en 1945. El 6 de agosto por la mañana se dirigía a la escuela cuando una claridad gigantesca cubrió el cielo de su ciudad y sembró el horror.

ganta... Nuevamente en la calle del tranvía, vuelvo a percibir formas humanas. Se arrastran. Una verdadera procesión de fantasmas avanza sin sentido ni razón. Todos están desnudos, la piel en jirones lacerada por el vidrio. De cada herida sale sangre grisácea, desecada, calcinada. Algunos avanzan como animales sosteniéndose el vientre de donde les salen los intestinos, otros tienen un ojo casi salido. El globo ocular les cuelga sobre la mejilla. Uno a uno se van derrumbando. Descubro a otros crucificados en los árboles, atravesados por las ramas rotas, parecidos a ranas o a pequeños peces capturados por un indio. En medio de esos seres y de las llamas, no dejo de gritar buscando a mis padres. Jamás se me pasó el miedo que sentí en ese momento. Por casualidad, me encontré una vecina. Vestida con restos de ropa interior, roja de sangre, se lava en una canilla y se quita los pedazos de vidrio clavados en la carne: "¡Kei-tchan! Tu madre está en la estación, un poco más lejos, ve rápido a verla".

Trato de correr hacia mi madre pero la multitud se desplaza con lentitud y detiene mi marcha. Me doy cuenta de algo extraño. En esa multitud semidesnuda, ennegrecida por el fuego y el humo, cuelgan y se mezclan pedazos de ropa quemada y de piel cocinada. Sólo las camisetas y los pantalones blancos parecen intactos. Esto da la impresión de que los fantasmas blancos avanzan solos. Aprendí más tarde que el estallido de la bomba había lanzado sobre la ciudad un rayo instantáneo cuya temperatura sobrepasaba los cinco mil grados. Este inmenso calor se había reflejado sobre los objetos blancos como en un espejo. Se trata de un fenómeno físico banal que alcanza una dimensión demoníaca en las circunstancias apocalípticas de una explosión atómica. Bajo el régimen militarista, el uso de vestimentas llamativas estaba prohibido. La mayor parte de las personas se vestían por entonces con ropas oscuras. Las quemaduras de los sobrevivientes no son sino más terribles. Las quemaduras mutilan los rostros y los cuerpos de las personas. Su piel se cubre de ampollas y se hincha. Los depósitos de agua subcutáneos estallan. Los jirones de piel quemada cuelgan, mezclados con la ropa y los cabellos. La piel de un hombro, separada de la carne, cubre la del brazo. Desollados vivos, las personas caminan sin rumbo con la piel de los brazos, detenida por las uñas, agitando en el sol.

Escenas parecidas a ésta resultan incontables. Los cuerpos moribundos, despedazados, arrastrando la piel en sentido literal, traen la trágica impresión de una tropa de muertos vivos deambulando en un magma lento, blando, agonizante. Llego por fin a la estación donde se debía encontrar mi madre.

KEIJI NAKAZAWA

Ni un día ni una noche sin un alerta! Nos falta el sueño. El agotamiento nos gana. Y el cielo de Hiroshima permanece inmutablemente azul. La enorme, bella luz del sol del verano subraya el paisaje de las colinas que ondulan alrededor de la ciudad. Hacia las siete toda la familia se reúne para el desayuno. De repente suenan las sirenas. Todo el mundo se sorprende.

—Es una mañana rara —señala mi padre.

Siempre inquieta, mi madre nos lleva hacia el refugio del barrio. Distinguimos algunos aviones. "Son, sin duda, aviones de reconocimiento", nos decimos con mi hermano y admiramos esa pequeña nube de un blanco metálico que titila en el fondo azul del cielo. Los cuatrocientos mil habitantes de Hiroshima se mueven dentro de sus barrios. El alerta apenas los sacude. Una vez más, los vuelos de los B-29, en forma de rombo, interminables y tan repetidos, no llegan. Los tranvías retoman su danza. En esa época no había vacaciones para los escolares. Por lo tanto, yo tomo mis útiles, saludo a mi madre que extiende el mantel en el balcón del primer piso y a mi padre que trabaja en la planta baja. Parto hacia la clase con mis compañeros del barrio. La escuela primaria se encuentra a ochocientos metros de la casa, no más. Me preparo a cruzar el portal cuando me llama la madre de un amigo. Me acerco a ella, al costado de un grueso paredón. Mientras habla, contemplo el cielo... Un B-29 sobrevuela el centro de la ciudad.

—Señora, ¡es un B-29!

—Es raro, no escuché el alerta...

De repente, como un rayo, una claridad gigantesca cubre el cielo. Una bola gigante, fulgurante, roja, blanca... Incandescencia, absoluto... Pierdo el conocimiento. Enola Gay, el bombardero maldito, acaba de lanzar furtivamente su bomba atómica... Abro los ojos. No sé desde cuándo estoy ahí. Trato de levantar la cabeza pero siento un dolor en la mejilla derecha. Paso la mano por la cara y retiro un clavo que me ha desgarrado la carne. Me agito un poco, tratando de levantarme pero mi cuerpo está atrapado bajo piedras, ladrillos, ramas de árboles y pedazos de madera. Veo la pared de la escuela que se sostiene peligrosamente sobre mí. Reúno toda mi energía y consigo salir de mi lecho de escombros. Busco instintivamente mis útiles y mi sombrero antigolpes. Siempre a tientas trato de buscar el riel del tranvía más próximo.

Veó a la madre de mi compañero doblada sobre la espalda. Su cuerpo está totalmente carbonizado, sus cabellos retorcidos y quemándose; los trozos de ropas enrollados alrededor de su cuello y de su talle flotan como algas en el agua. En medio del rostro calcinado sus ojos blancos parecen mirarme con frialdad y cólera. Sin comprender en absoluto lo que ha pasado, camino por la mitad de la calle. No encuentro nada familiar en el paisaje. El desastre supera mi imaginación. Atontado, contemplo una especie de tela de araña: un amasijo de cables eléctricos y de postes puestos al sol, masacrados. Los gruesos hilos del teléfono rodean un pilar, parecidos a serpientes calcinadas. Todas las casas, destruidas como por un golpe de cohetes monstruosos, un verdadero dragón caído del cielo, se mueven como olas al costado de la

resultados".

Cuando Parsons escuchó los términos se le pusieron los pelos de punta: "¿Buenos?" Le envió un mensaje codificado a Farrell: "Resultados a la vista. La misión fue un éxito en todos sus aspectos. Los efectos superan a Alamogordo. Condiciones normales en la nave luego del lanzamiento. Volvemos a base".

En el asiento del copiloto, en su propio registro de la Misión N° 13, Lewis escribió: "¿Dios mío, qué hicimos?"

### EL CENTRO DE LA VIDA Y LA MUERTE.

Frente a la T del Puente Aioi, una luz brutal y azulada bañó la sala de maestros de la escuela primaria Honkawa. Habían pasado ocho segundos de las 8.16 de la mañana en el centro de Hiroshima. La maestra Katsuko Horibe no escuchó nada. A su lado, una ventana reventó. Los vidrios se le clavaron en el cuero cabelludo, la frente, el brazo izquierdo, pero no sintió nada. Se arrojó bajo un escritorio pero olvidó protegerse como le habían enseñado en los simulacros: con las manos tapando los ojos, los pulgares protegiendo las orejas. Aunque no sabía qué había sucedido, estimó que ya había terminado: estaba oscuro y silencioso como si fuera noche.

Una reunión de maestros estaba programada para las 8.30, pero como nadie podía creer en la puntualidad de una cita, la señorita Horibe había llegado un poco más temprano. Todos sus colegas murieron camino a la escuela. El puñado de sobrevivientes que, como la señorita Horibe, escaparon de una muerte casi automática cerca del epicentro, le debieron sus vidas a la suerte y a la solidez de las escasas estructuras que no estaban hechas de madera.

Innumerables accidentes de tiempo y lugar salvaron vidas o hicieron que se perdieran esa mañana pesada y calurosa en Hiroshima, empezando por el rumbo accidentado del mismo Little Boy. La bomba erró al Puente Aioi por unos 250 metros y explotó a poco más de 600 metros sobre el Hospital Dr. Shima, dos cuadras al suroeste de la escuela donde esperaba la señorita Horibe. El hospital y todos sus pacientes se evaporaron; en las afueras de la ciudad, su dueño, el doctor Shima, siguió pedaleando, indemne, en la bicicleta que usaba para atender enfermos a domicilio.

El epicentro estuvo en el patio del hospital. Fue el eje de la rueda de muerte nuclear, el punto de la tierra exacta, el punto bajo la explosión, el foco del nuevo universo de Hiroshima. En menos de medio segundo, rayos de más de 3000 grados provocaron quemaduras de primer grado en un radio de tres kilómetros a la redonda. El 88 por ciento de la gente afectada en los 500 metros circundantes murió instantáneamente o a lo largo del día. La mayoría de los otros dentro de ese círculo perecieron semanas o meses después. Aproximadamente 130.000 personas de las 350.000 que vivían en Hiroshima murieron entonces. Todos los que estuvieron allí el 6 de agosto supieron a qué distancia del epicentro el destino los ubicó a las 8.15 de la mañana. Y todos los que sobrevivieron no hablaban sino del epicentro, el lugar desde donde se medían la vida y la muerte.

paisaje le resultaba absolutamente familiar: los grandes terrenos que penetraban el golfo, los siete dedos del río Ota, las calles que simulaban las nervaduras de una hoja. La T del Puente Aioi se fue ubicando en la cruz de su mira.

—Lo tengo —dijo.

Diecisiete segundos después de las 8.15 se abrieron automáticamente las compuertas de la sala de bombas. Entre sus piernas y a través de los anteojos protectores, Ferebee vio cómo la bomba caía, primero en posición horizontal, luego con la punta dirigida hacia el blanco.

—¡Fuera bomba! —gritó Ferebee.

Aliviada de 5000 kilos de peso, la nave ascendió. Tibbets viró 158 grados a la derecha. Faltaban 43 segundos para que detonara la bomba. A los 35, se puso los lentes protectores; como no podía ver bien, los tiró al piso.

—¿Se ve algo, Bob? —le preguntó a Caron, el artillero de cola, por el intercomunicador.

—No, señor.

Jeppson había comenzado su propia cuenta; llegó a 43 y se detuvo. "Esta porquería no estalla", pensó.



Paul Tibbets

En ese momento, una luz intensa llenó la nave y Caron vio una enorme masa circular de aire que se elevaba y se expandía, como si "un anillo de algún planeta distante se hubiera liberado y se viniese hacia nosotros".

Aulló una advertencia; una atronadora onda expansiva zarandó el bombardero. Para Tibbets sonó como una trina calibre 150.

Otro sacudón elevó el avión. Como el anterior, pasó rápidamente. Una vez más, ningún signo de daños.

—OK —anunció Tibbets—, ésa fue la segunda onda expansiva. No habrá otra. Todos tranquilos.

Mientras Hiroshima se perdía de vista, Caron daba cuenta en el grabador: "Una columna de humo viene ascendiendo, rápidamente. Tiene un centro rojo, ardiente... Por todos lados surgen fuegos... Hay demasiados, no puedo contarlos... ¡Acá viene el hongo del que nos había hablado el capitán Parsons...!"

Lewis, el copiloto, no paraba de decir: "¡Mire eso, mire eso!", mientras golpeaba el hombro de Tibbets. Ferebee, el artillero, se preguntó en voz alta si la radiactividad no los dejaría estériles, después de todo. Tibbets sabía que se sentía "horrorizado" por la "destrucción mayor de lo que podía imaginarme".

Envío un mensaje por radio: "El objetivo fue bombardeado, con buenos



# "LO VOLVERIA A HACER"

BRUCE GOLDFARB

Piensa seguido en agosto del '45? —Sí, pienso porque personas como usted y otras no dejan que uno olvide. No es que me ocupe de olvidar, pero siempre hay gente que se ocupa de hacerme recordar.

—¿Cómo se enteró de la misión?

—Estaba en Wendover hacía dos días cuando fuimos llamados al auditorio de la base a reunimos con Paul Tibbets, el nuevo comandante del cuerpo 393. Dijo que íbamos a formar un grupo nuevo e independiente, capaz de operar en cualquier lugar del mundo, cuyo propósito no nos iba a ser revelado por el momento. Se trataba de algo secreto. Y agregó que todo el mundo podría irse a casa en dos semanas con excepción del teniente Jacob Beser, quien debía reportarse a su despacho de inmediato. Entré a su oficina con dos personas más del ejército, un oficial naval y un civil, el doctor Al Brode, quien había acabado de llegar de la universidad. El cerebro se me iluminó y dije: "Eh, este tipo es un genio de la física". Brode me miró fijo a los ojos y dijo: "¿Qué le parece el combate aéreo?" "Tengo un par de alas" le contesté, "para eso fui entrenado. ¿Cuál es el problema?" Me dijo: "El trabajo que queremos que haga no es algo para lo cual la gente de nuestra organización no esté preparada, pero es muy valiosa como para arriesgarla". Pude sentir cómo disminuían

El ingeniero electrónico Jacob Beser se ocupó del radar en los vuelos que llevaron la destrucción a Hiroshima y Nagasaki. En esta entrevista cuenta la preparación de las dos misiones y emite juicios que, cincuenta años después, repiten el horror.

mis expectativas de vida y cómo subían mis primas de seguro. Varios días después se nos dijo que debíamos estar en la línea de vuelo a las 7 de la mañana del día siguiente con equipaje para tres o cuatro días. Pregunte adónde íbamos. "Lo sabrá cuando estemos allí". Resultó ser Los Alamos. Fui escoltado allí por el coronel Tibbets y el capitán de navío Richard Ashworth. Fuimos directamente al despacho del doctor Norman Ramsey, que era un joven graduado de la universidad de Columbia. Dirigía la sección de fusión y combustión.

—¿Nadie mencionó la palabra atómica en esa reunión?

—No. Me hablaron sólo de un "arma". Ramsey dijo que pretendían que ese arma explotara en tierra desde una altitud precisa, que estaban trabajando algunos problemas y que todavía no estaban tan avanzados como debían. Almorzamos en el pabellón con Nils Bohr, Enrico Fermi, Hans Bethe. Todo empezaba a juntarse. Entonces en conversaciones con Ramsey él fue enterándose sin decir jamás palabra alguna sobre la bomba

atómica. Habló sobre fuerzas fundamentales del universo. Dio vueltas alrededor de esto y pronunció la palabra madre.

—Usted fue la única persona de la tripulación que estuvo en ambas misiones. En la segunda ya era un veterano.

—Sí. Pero a veces me hubiera gustado no serlo, dado lo que pasó en la segunda, que no fue tan tranquila como la primera. La primera fue como en un manual. En la segunda misión el pronóstico del tiempo era poco apropiado para empezar, así que uno de los aviones perdió el punto de encuentro; estuvo en el aire dando vueltas pero jamás pudimos encontrarnos con él.

—Y la bomba cayó lejos del blanco.

—La primera tampoco dio en el blanco, lo sabe.

—Sólo por doscientos cincuenta metros.

—Bien, pero erramos. Quiero decir que hubo gente que nos dijo que estábamos preparados, que habíamos practicado como para hacerlo mejor. Pero es académico discutir cuántos se mataron por unos metros de diferen-

cia. Pero en el segundo teníamos seiscientos galones de nafta que no pudieron ser tocados porque el tanque auxiliar no funcionó. Nuestro blanco primitivo de acuerdo al reconocimiento del clima era Kokura. Pasamos sobre Kokura y estaba en llamas y llena de humo. Habían bombardeado la ciudad de Yawata dos noches antes y todavía estaba en llamas. Kokura estaba al alcance del viento. Dimos vuelta alrededor por una hora, quemamos novecientos galones de nafta y ya no teníamos suficiente porque no podíamos tocar el otro tanque. No habíamos lanzado aún el arma y los japoneses se iban poniendo inquietos. Se tomó una decisión para salir pronto de allí. Debíamos ir hasta Nagasaki y le dije a Ashworth si quería que yo trazara un rumbo y lo pusiera directamente sobre el centro de Nagasaki. Si me decía qué parte de la ciudad quería atacar, yo podría hacerlo. No veía razón para abortar la misión. Nos acercamos bien a Nagasaki, estaba tal cual nos lo había indicado el reconocimiento aéreo. Los últimos diez o quince segundos se abrió un agujero en las nubes y Behan (el bombardero) dijo: "Lo tengo, lo tengo" y lanzó. El único problema era que tenía un agujero un millón de veces más chico del necesario para saber sobre qué estaba bombardeando. Tenía algo en su mira que creyó era su blanco exacto. Estaba a tres millas al noroeste. Justo en medio de este valle industrial estaba la plan-

ta de Mitsubishi y la industria pesada. —¿La gente de la industria aerospacial piensa todavía en usted como Jacob Beser el de...

—A veces, a veces.

—¿Lo pone incómodo?

—No más que a alguien que es un golfista profesional. Es algo que ocurrió en mi vida. Las personas cercanas a mí en Baltimore, en Westinghouse piensan que es grandioso. Cada vez que conseguimos un nuevo cliente se lo hacen saber, especialmente si es miembro de la Fuerza Aérea. Y es algo pesado si son jóvenes. Pero uno debe hacer su trabajo.

—Cuando estaba en el "Enola Gay" cuando se lanzó la bomba ¿cómo se veía todo?

—No estaba mirando la pantalla de radar. Tenía mis propios instrumentos y estaba ocupado con ellos. Vi la fusión después de que la bomba se separó del fuselaje, fijé el tiempo de detención en diez segundos, le di tiempo a aclarar. Vi llegar la fusión y todo lo que ocurrió y luego todo desapareció. Al mismo tiempo que desapareció, hubo un gran relámpago que iluminó el interior del avión. No pude usar lo-

Novedades de Agosto



**GARCIA MARQUEZ**

OBRA PERIODISTICA 2

Entre cachacos

Entre cachacos continúa la publicación de la obra periodística completa del gran novelista colombiano. No puede dejar de leerlo.

**CALIGULA**

Siegfried Obermeier

La historia apasionante del emperador devenido dios, famoso por su exquisita crueldad y su absoluta ausencia de escrúpulos. Una novela perversa, irresistible.

SECTORES POPULARES, CULTURA Y POLITICA.

Buenos Aires en la entreguerra.

Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero

La historia —necesidades, proyectos, logros— de los sectores populares en la Buenos Aires de entreguerras, en un nuevo y esclarecedor ensayo de la colección que dirige el profesor Luis A. Romero, que en este caso es además coautor.

Edgar Rice Burroughs

**Tarzan**



**TARZAN DE LOS MONOS**  
Edgar Rice Burroughs

Vuelve el mito de todos los tiempos. Tarzán nació en un libro. ¿Usted lo leyó? La verdadera historia contada por Edgar Rice Burroughs en una colección de 24 tomos, que comienza con *Tarzán de los monos*. Tarzán se convirtió tan rápidamente en el mito de las revistas, el cine y la radio, que todos creemos conocer su vida. Pero la verdadera historia sólo la encontrará en este libro.

BETO CASSELLA / LITO GINZBERG



**LOS PEORES PAPELONES DE LA RADIO Y LA TELEVISION**

EDITORIAL SUDAMERICANA

**LOS PEORES PAPELONES DE LA RADIO Y LA TELEVISION**  
Beto Casella y Lito Ginzberg

El relato preciso, desopilante y despiadadamente cierto de las situaciones que los famosos protagonizaron frente al micrófono de una radio o las cámaras de TV.

SECRETOS DE FAMILIA  
Graciela Beatriz Cabal

La niña de *Secretos de familia* va registrando las complejas y entrañables relaciones familiares, los silencios, los suicidios, la muerte en un barrio del sur de Buenos Aires entre 1940 y 1952.

Editorial



**SUDAMERICANA**

D

• Un sondeo del Instituto Roper, re-

ne en evidencia la aprobación masiva

nos a la utilización de la bomba contra

1. En ningún caso habríamos emple-

ca: 4,5 por ciento

2. En principio deberíamos haberli-

gión no poblada

para exhibir su poder a los japoneses

gunda sobre una ciudad salvo que no

13,8 por ciento

3. Debimos utilizar la bomba en de-

se hizo: 53,5 por ciento

4. Debimos haber lanzado rápidamente

tes de que el Japón hubiera tenido oca-

por ciento

5. No sabe/no contesta: 5,5 por cien-

• Little Boy parecía una bomba con

un peso algo inferior a los 5000 kilos

de largo y 1,5 de diámetro. Llevaba

poleta de percusión, conectada para

metro de altura: la espoleta debía pro-

en la parte trasera del aparato que, a su

pequeña masa de uranio 235 a una vel-

tros por segundo.

• Nadie que estuviera a 500 metros

vivió al estallido. En el cinturón de

hospital Shima, los cuerpos carboniza-

toda identidad. A la entrada del banco

tros al sur del epicentro, la huella de

presa en los escalones de granito. Seg-

tado cuando lo alcanzó la bomba, por

beza y de la espalda se perciben clara-

nas que caminaban por el puente del

brazos del Ota, dejaron también sus

tas junto a la balaustrada.

• A medio kilómetro del epicentro,

atómico fue de 19 toneladas por metr-

lómetro fue de 10 toneladas; a tres ki-

nelada y media. Todos los edificios de





# LA VIDA

## DESPUES DE LA FUSION

Hoy son octogenarios, sus carreras conocieron la fama o el abismo, pero siguen teniendo algo en común: no pueden dejar de pensar que de su tarea en el Proyecto Manhattan nació el arma más destructiva de la historia. Edward Teller, Hans Bethe y Glenn Seaborg se debaten entre el orgullo y la vergüenza de ser los padres de la bomba atómica.

os tal como se suponía. Estaba do analizando el entorno y ase-  
dome de que no ocurriera nada.  
Estaba buscando señales.  
No me acerqué a la ventana, dos  
minutos después, la nube esta-  
allí, el hongo que se ve. Todavía  
hirviendo y cambiando de col-  
miré hacia afuera y no lo podía  
Parecía como... como ir a Ocean  
estar un metro sobre el agua y se  
no se sacude y se mueve la arena.  
era como si toda la maldita tier-  
stuviera haciendo. Y podía ver  
s fuegos encendiéndose en los  
os. Jamás pude ver lo que pasa-  
las ciudades.  
e hablan hablado de los efectos  
dian esperarse?  
Durante la instrucción nos  
ron un dibujo del hongo. Nos  
on de esos fuertes efectos de la  
ión, pero eso fue todo. No había  
que pudieran hacer.  
ando la gente le habla de esa  
encia, ¿cuál es la pregunta más  
nte?  
lo volvería a hacer.  
lo volvería a hacer?  
adas las mismas circunstancias,

con el mismo contexto, la respuesta es  
sí. Sin embargo, hay que admitir que  
las circunstancias ya no existen ahora.  
Y probablemente jamás se repitan. No  
siento arrepentimiento ni remordimien-  
tos. De acuerdo al grado de partici-  
pación de nuestro país estábamos frente  
a tres, cuatro años más de guerra. El  
mundo, en realidad, había estado en  
guerra desde los '30 en China, contin-  
uamente, y millones y millones de per-  
sonas habían muerto. Sumemos esto al  
asesinato deliberado en Europa y es una  
especie de burla hablar de "esa gente  
que murió instantáneamente". No es  
verdad. Para noviembre de 1945 esta-  
ba planeada una invasión al Japón. Se  
iban a lanzar tres millones de personas  
contra Japón. Había alrededor de tres  
millones de japoneses luchando por la  
defensa de su patria y había una  
población potencial de víctimas de un  
millón de personas. Esto fue lo que se  
evitó. Si se toma la mayor estadística  
de víctimas de las dos ciudades, dig-  
amos, trescientas mil personas combi-  
nadas entre Hiroshima y Nagasaki con-  
tra un millón. Lamento decirlo, fue un  
buen cambio. Es una manera muy fría  
de considerarlo, pero es la única

JONATHAN WEISMAN

Edward Teller sabía que la pirotec-  
nia iba a ser espectacular: una  
explosión nuclear nocturna en lo  
alto de Japón. El mismísimo paraí-  
so centellearía en ese blanco incol-  
oro y brillante, como si luego de cua-  
tro interminables años de guerra un  
dios iracundo llegara para anunciar su  
juicio. Ningún daño, ninguna muerte:  
sólo la rendición.

Podría haber sido así, masculla  
Edward Teller en su voz de barítono,  
con un leve acento húngaro; así y no  
como fue, con decenas de miles de  
cuerpos carbonizados y sobrevivientes  
llorosos, con la carne colgándose,  
goteándose de los brazos. Esas imá-  
genes persiguen desde hace cincuenta  
años al más famoso campeón del  
átomo. "No sé qué hubiera pasado si  
no hubiéramos tirado la bomba. Pero  
estoy convencido de que hubiera sido  
la forma más sabia de mostrar todo lo  
que podía hacer. Si hubiera sido así, y  
si hubiera habido éxito, podríamos  
haber ingresado en la era atómica en  
términos mucho más razonables".

Pero ésa es la historia de lo que  
podría haber pasado. Lo que pasó es  
muy distinto: hace hoy cincuenta años,  
el vientre del bombardero norteamer-  
icano "Enola Gay" se abrió para dejar  
caer a Little Boy sobre Hiroshima; tres  
días más tarde, otra bomba, Fat Man,  
destruyó Nagasaki. Los muertos de  
ambos ataques suman cualquier cifra  
entre 130.000 y 340.000. Los sobre-  
vivientes sufren cáncer en un 63 por  
ciento más de lo normal. Los cientí-  
ficos que construyeron la bomba no  
ignoran estos datos, ya no. Retirados,  
casi todos en sus ochentas, con sus re-  
putaciones consolidadas o perdidas hace  
largo tiempo, estos hombres tienen  
tiempo de pensar. Y enfrentan el 50°  
aniversario de la bomba con arrepen-  
timiento, ira u orgullo, pero nunca con  
alegría.

La concepción de la bomba tiene  
fecha: el 30 de julio de 1939, cuando  
tres exilados húngaros, Leo Szilard,  
Edward Teller y Eugene Wigner visi-  
taron a Albert Einstein en su casa de  
Long Island para convencerlo de que  
firmara una carta al presidente Franklin  
Delano Roosevelt. "Es concebible  
-escribió Einstein- que puedan con-  
struirse así bombas extremadamente  
poderosas, de un nuevo tipo. Una sola  
bomba de esta clase, llevada por agua  
y detonada en un puerto, podría sin  
dudas destruir todo el puerto junto con  
buena parte de sus alrededores".

La carta lanzó el Proyecto  
Manhattan, un esfuerzo de 2000 mil-  
lones de dólares que partiría del labo-  
ratorio metalúrgico secreto de la  
Universidad de Chicago hacia Oak  
Ridge, Tennessee, donde se con-  
seguiría el uranio para la bomba de  
Hiroshima; hacia Hanford,  
Washington, donde se crearía el plu-  
tonio para la pesadilla sin fin de  
Nagasaki, y finalmente hacia un desier-  
to en New Mexico, cerca de Los  
Alamos, donde se construirían las  
bombas.

Cuando la bomba estaba casi hecha,  
Teller comenzó a pensar en algo. Su  
viejo amigo Szilard, en la Universidad  
de Chicago, le había mandado una peti-  
ción para prohibir el uso militar de la  
bomba. "Me gustó mucho lo que me  
proponía -comienza a recordar Teller-  
pero sentí que no debía juntar firmas  
sin preguntarle a Robert Oppenheimer,  
el director. Oppenheimer recibió la  
nota con una hostilidad infrecuente en  
él, con un lenguaje nomuy correcto. Y  
hoy lamento decir que no sólo me pe-  
suadió de no firmar el petitorio sino  
también de no hacerlo circular  
siquiera".

Hans Bethe no puede dejar de son-

reír, como si las historias del pasado,  
irreversibles, no fueran más que un  
entretenimiento. En 1942, a Bethe lo  
parecía una ridiculez que Estados  
Unidos intentara construir una bomba  
atómica. Los recursos necesarios -en  
hombres, en dinero, en intelecto- eran  
impensables para el tiempo de guerra.

"Sólo lo tomé en serio cuando  
Oppenheimer me llamó y me contó que  
tenía confianza en conseguir resulta-  
dos", recuerda Bethe. "Fui a Chicago  
y allí Edward Teller me mostró lo que  
estaban haciendo. Estaba muy entusi-  
asmado, pero a mí me convencieron los  
hechos".

Bethe no tiene paciencia para los  
científicos que todavía se inquietan por  
el uso de la bomba. "Hasta donde yo  
sabía, estábamos en guerra, una guer-  
ra muy seria, con Japón. Sabíamos de  
la terrible resistencia de los japoneses.  
Sabíamos que cada isla que con-  
quistábamos era una lucha a muerte.  
Así que, obviamente, tener la bomba  
atómica era una manera de terminar la  
guerra". En su voz no hay duda ni se  
percibe un examen de sus sentimien-  
tos. Bethe hizo su investigación y  
quedó contento con los resultados.  
Cuenta la historia de los días que sig-  
uieron al 6 de agosto. El gabinete del  
emperador estaba dividido entre los  
civiles que querían rendirse y los mil-  
itares que no querían. Inclusive luego  
de que el emperador grabara el anun-  
cio de su rendición incondicional, un  
joven oficial trató de interceptar al  
mensajero antes de que llegara a la  
radio. "Por eso no creo que hubiera  
servido una demostración. Nunca le  
habrían dicho al emperador".

El plan de Teller le da risa a Bethe:  
"¿Qué le hubiera demostrado a la gente  
un fulgor monstruoso sobre el puerto  
de Tokio? A nadie le hubiera quedado  
claro que esa luz podría destruir una  
ciudad".

En diciembre de 1940, el químico  
Seaborg y el físico Edwin McMillan  
crearon por primera vez plutonio, un  
metal inestable, radiactivo y más pesa-

do que el uranio. El 28 de marzo de  
1941, Seaborg empezó a pensar que  
podría ser el ingrediente central de una  
bomba atómica. Pero sólo habían podi-  
do crear una mínima cantidad de plu-  
tonio. Tendría que arreglárselas para  
sacar de esa millonésima parte de un  
gramo varios kilos. "Sí, era una tarea  
de proporciones". Seaborg habla lenta-  
mente, pensando cada palabra, sin  
pasión, como si a los 83 años las emo-  
ciones del pasado se hubieran perdido  
para siempre. "Sí, era algo único en la  
historia de la humanidad." Al comien-  
zo del Proyecto Manhattan, en la  
Universidad de Chicago nadie se pre-  
ocupaba demasiado por el significado  
de la bomba o por cómo se la usaría,  
cuenta Seaborg. "No recuerdo haber  
pensado en ello. Nuestra preocupación  
principal era derrotar a Hitler: por eso  
sí recuerdo haberme afligido bastante."

Pero cuando quedó claro que  
Alemania iba a caer antes de que la  
bomba estuviera lista, y el trabajo en  
Chicago comenzó a distenderse, el pre-  
mio Nobel James Franck invitó a  
Seaborg a ser parte de su Comité para  
las Implicaciones Políticas y Sociales,  
que difundió un informe el 11 de junio  
de 1945 en el que recomendaba una  
demostración para los japoneses.  
Seaborg enumera argumentos a favor  
y en contra, pero no deja de admitir que  
el día que vio en los diarios la crónica  
de Hiroshima sintió satisfacción.  
"Hubiera preferido que las cosas fuer-  
an distintas, hubiera preferido una  
demostración, pero entonces pensé que  
la explosión tenía sentido."

## DE LA MUERTE

1945, po-  
merica-  
ba atómi-  
n una re-  
zar la se-  
rendido:  
tal como

truidos. En los huracanes más poderosos que se conozcan,  
la presión jamás supera la media tonelada por metro cua-  
drado. Los bosques de Onagacho y de Futabano-sato, a tres  
kilómetros, se perdieron por completo: todos los árboles  
fueron descuajados y ardieron durante ocho días.

• Nueve segundos después de la explosión, 1327 hectá-  
reas de la ciudad de Hiroshima estaban en llamas; 56.111  
casas habían sido destruidas por el fuego y 6820 por el ven-  
daval atómico.

• Sobre Hiroshima cayeron neutrones y rayos gamma  
producidos por la fisión nuclear, rayos gamma y beta emi-  
tidos por los elementos nuevos que se originaron durante  
la reacción en cadena y rayos alfa -engendrados por los  
componentes del uranio 235- que se dispersaron sin fisu-  
rarse. Pero hubo, además, una cuarta fuente de radiación:  
los neutrones, partículas tan pesadas como un átomo de hi-  
drogeno, que al penetrar en el núcleo de cualquier objeto  
modifican su composición y lo convierten en radiactivo.  
Cada rayo poseía su propia cualidad: los rayos alfa, que ge-  
neran una corriente de iones de helio, se cuean profunda-  
mente en la piel humana. Los rayos beta, que suscitan una  
corriente de electrones rápida como la luz, se infiltran en  
la piel con mayor facilidad todavía y destruyen las células.  
Pero los rayos gamma son más temibles: forma una suer-  
te de onda electromagnética, delongitud inferior a la de los  
rayos X, y cuando penetran en el cuerpo llegan hasta sus  
vísceras y las aniquilan.

• Recientemente se midieron científicamente las tasas de  
radiación de la tierra y en las ruinas de los edificios con-  
servados en el epicentro de la explosión. Los resultados se  
mantienen en secreto; se sabe que el atolón de Bikini será  
inhabitable por 24.000 años a causa de la contaminación  
radiactiva provocada por los ensayos nucleares norteamer-  
icanos de 1950.

• Los muertos en Hiroshima y Nagasaki pueden estimar-  
se en 340.000; aun en la actualidad, sigue habiendo vícti-  
mas: entre agosto de 1993 y agosto de 1994 murieron más  
de 5000 personas por efecto de las radiaciones

Novedades de Agosto

# LIBROS EMECÉ

GRANDES NOVELISTAS

ROBIN COOK  
**RIESGO ACEPTABLE** \$ 18.-

EDUARDO GUDIÑO KIEFFER  
**EL PRÍNCIPE DE LOS LIRIOS** \$ 25.-

HENRY MILLER  
**MOLOCH o ESTE MUNDO PAGANO** \$ 18.-

BESTSELLER

JAIME BARYLKO  
**DAVID REY** \$ 14.-

DIVULGACIÓN

M. SCOTT PECK  
**EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL**  
MÁS ALLÁ DE LA NUEVA PSICOLOGÍA DEL AMOR \$ 16.-

ESCRITORES ARGENTINOS

MERCEDES SABAROTS  
**ASÍ EN LA TIERRA** \$ 15.-

**EMECÉ EDITORES**

SI DESEA RECIBIR PERIÓDICAMENTE MÁS INFORMACIÓN SOBRE NUESTROS  
LIBROS, ESCRIBANOS A ALSINA 2062, CAPITAL - TEL. 954-0105



# Best Sellers///

Ficción

Sem. ant. Sem. en lista

Historia, ensayo

Sem. ant. Sem. en lista

1 *Santa Evita*, por Tomás Eloy Martínez (Planeta, 19 pesos). Las desventuras del cadáver de Evita, las historias secretas de la musa del peronismo y las investigaciones del autor-narrador son los tres afluentes de esta novela saludada por Gabriel García Márquez como un acontecimiento literario.

2 *El mundo de Sofía*, por Jostein Gaarder (Siruela, 35 pesos). Una protagonista de quince años que responde al sugestivo nombre de Sofía deambula en medio de una historia novelada de la filosofía a la que se le suman elementos de suspenso y un manual de los puntos más importantes de la filosofía occidental desde los griegos a Sartre.

3 *La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos). Un hombre viaja a Perú en busca de cierto manuscrito que contiene las nueve revelaciones sobre la vida y sus misterios. Quién sabe si lo halló o no; lo cierto es que inauguró la novela new age.

4 *Insomnio*, por Stephen King (Grijalbo, 29 pesos). Ralph Roberts es un reciente viudo que comienza a sufrir una paulatina pérdida del sueño, lo que no demora en permitirle vislumbrar una realidad aparte. La habitual maestría de King a la hora de narrar, un pueblo chico y un gran terror, en una de sus mejores novelas de los últimos tiempos, sin por esto alcanzar las alturas de *El resplandor* o *La zona muerta*.

5 *No sé si casarme o comprarme un perro*, por Paula Pérez Alonso (Tusquets, 16 pesos). Con el telón de fondo de una Argentina que se niega a cicatrizar sus heridas de guerra, Juana —inusual heroína de esta primera novela— pasea con gracia y angustia su disyuntiva doméstico/existencial: ¿la caricia cómplice de un perro labrador o la mordida rabiosa de los hombres?

6 *El amor, las mujeres y la vida*, por Mario Benedetti (Seix Barral, 24 pesos). Los mejores poemas de amor del escritor uruguayo en una selección realizada por el mismo Benedetti, que recupera en este libro la vena erótica, en una perspectiva no disociada de la política y la militancia.

7 *La lentitud*, por Milan Kundera (Tusquets, 16 pesos). Breve e intenso divertimento. Un congreso en un viejo castillo francés es la excusa para que se disparen varias historias, alguno que otro episodio amoroso y —como siempre— la mirada omnipresente del escritor bohemio donde la ficción pura y el ensayo estricto bailan con vertiginosa lentitud.

8 *Donde van a morir los elefantes*, por José Donoso (Alfaguara, 22 pesos). La peripatética saga de un profesor de literatura chileno sumergiéndose de lleno en los placeres y padecimientos de la vida académica de un campus del medioeste norteamericano. Comedia negra, ácido retrato de costumbres y ritmo desenfundado en un texto que tampoco excluye la reflexión profunda y los conflictos intelectuales.

9 *Deuda de honor*, por Tom Clancy (Sudamericana, 29 pesos). Jack Ryan, el héroe de *Peligro inminente* y *La caza del Octubre Rojo* vuelve a las andadas en una novela donde los enemigos son aliados: una guerra que se da más en el territorio económico que en el de las armas.

10 *El primer hombre*, por Albert Camus (Tusquets, 18 pesos). El autor de *La peste* y *El extranjero* relata la historia de un hijo sin padre, educado en la miseria y criado por una abuela autoritaria, que va creciendo y haciéndose a sí mismo hasta alcanzar el éxito. Una novela en la que la historia toma mucho prestado de la vida de su propio autor.

1 *El palacio de la corrupción*, por Fernando Camota y Esteban Talpone (Sudamericana, 14 pesos). Una investigación sobre los escándalos delictivos del Consejo Deliberante. Nombres y maniobras concretas que junto con las denuncias, los documentos y las causas judiciales, reconstruyen negociados en los que interviene la droga y el enriquecimiento ilícito.

2 *La novena revelación: Guía vivencial*, por James Redfield y Carol Adrienne (Atlántida, 14,90 pesos). Complemento de la exitosa novela, este libro de autoayuda desarrolla extensamente las utilidades de las nueve revelaciones para descubrir las en la vida cotidiana.

3 *La Argentina como vocación*, por Mariano Grondona (Planeta, 16 pesos). Subtitulado ¿Qué nos pide la Patria a los argentinos de hoy?, el libro aborda las asignaturas pendientes del proceso de desarrollo de la nación: la equidad social, la salud, la educación, el comportamiento cívico y el respeto de cada ciudadano a las instituciones y de las instituciones a cada ciudadano.

4 *Historia integral de la Argentina, III*, por Félix Luna (Planeta, 25 pesos). El tercero de los nueve volúmenes que conforman la obra del autor de *Soy Roca*. El libro abarca el siglo XVIII, abordando temas como el desarrollo del Tucumán, la creación del virreinato, el crecimiento de Buenos Aires como capital y el afianzamiento de sus redes comerciales.

5 *Un viaje por la economía de nuestro tiempo*, por John Kenneth Galbraith (Ariel, 16 pesos). El autor sintetiza la historia económica mundial desde la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa hasta la era Reagan y las implicaciones de la caída del comunismo, pasando por la aparición del keynesianismo.

6 *Historias de la Argentina desahogada*, por Tomás Abraham (Sudamericana, 13 pesos). Un estudio sobre el lado oscuro de la Argentina, yendo desde el primer peronismo, pasando por los fulgores de la década del sesenta y los oscuros años del Proceso, hasta llegar a la era donde reinan los formadores de opinión como Mariano Grondona.

7 *Memoria a dos voces*, por François Mitterrand y Elie Wiesel (Andrés Bello, 18 pesos). Las memorias del ex presidente francés a través de una conversación con el premio Nobel de la Paz de 1986. La carrera de Mitterrand, los problemas políticos contemporáneos y la religión son algunos de los temas que se abordan en el libro.

8 *Judío, el ser en crisis*, por Jaime Barylko (Temas de Hoy, 16,50 pesos). La condición del judío en la actualidad posmoderna, la tradición, la fusión, la pretendida superioridad del pueblo judío, sus mitos y sus realidades son algunos de los temas que el autor aborda en este libro.

9 *Sueños de fútbol*, por Carmelo Martín (El País-Aguilar, 17 pesos). Vida y obra de uno de los mejores futbolistas y técnicos que ha dado la Argentina. Jorge Valdano, el filósofo del fútbol, habla de su vida y del deporte más popular del mundo.

10 *Borges, un escritor en las orillas*, por Beatriz Sarlo (Ariel, 16 pesos). Un ciclo de conferencias que la autora dictó en la Universidad de Cambridge. Las hipótesis de estas conferencias rescatan básicamente dos líneas: la posición del autor de *Ficciones* ante la cultura nacional y las concepciones políticas que trasuntan sus textos.

**Librerías consultadas:** Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Norte, Prometeo, Santa Fe, Yenny, Liberio y Expolibro (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán). **Nota:** Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas: esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión.

## RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Marguerite Yourcenar: **A Beneficio de inventario** (Alfaguara). Edición de bolsillo, excelente y económica, de siete ensayos de la autora de *Alexis o el tratado del inútil combate* y *Opus nigrum*. Yourcenar recorre la historia de la decadencia de Roma con una prosa exquisita, a la que suma una erudición singular en sus visitas a Selma Lagerlöf, Constantino Cavafis y Thomas Mann.

# Carnets///

ENSAYO

## Para leer a Don Fulgencio

En Lino Palacio, la infancia de la risa Alan Pauls se coloca más allá de aquella clásica oposición entre apocalípticos e integrados que Umberto Eco consagrara en 1966. Y no es un mérito menor de su excelente análisis sobre el autor de "Avivato" y "Don Fulgencio" el postular una posición diferente a la habitual ante los fenómenos de la cultura de masas. Las rígidas fronteras de estratificación cultural se han permeabilizado ya lo suficiente como para que se reconozca que en la esfera de la cultura de masas aparecen objetos dignos de toda consideración por parte de la crítica y dedicarle un libro no implica hoy un escándalo. La naturalidad es una las marcas de estilo de este ensayo, pues Pauls no se sitúa de manera condescendiente, ni con ánimo de inventar ante un producto que forma parte del universo de las experiencias estéticas.

Se diferencia así de la actitud del propio Eco que, en los años sesenta, incorporaba la historieta como objeto desde el paradigma de lectura de la semiótica y de ciertas continuidades argentinas como los trabajos de Oscar Masotta. Pero sobre todo se aleja de una zona de la crítica argentina (en la que se destacan Aníbal Ford y Jorge B. Rivera) que se ha preocupado en reponer y prestigiar diferentes formas culturales que la crítica a la que se suele reconocer como académica había dejado de lado: las historietas, pero también los radioteatros o las letras de tangos.

El propio ímpetu con que se impulsó esta necesaria revalorización limitado, sin embargo, los alcances de los trabajos críticos sobre los objetos de la cultura de masas. En parte porque en ellos se debió otorgar un espacio importante a la dimensión meramente informativa pero, sobre todo, porque cierta impronta antiintelectualista (propia de la polémica que se sostenía contra la crítica "alta", "letrada" o "académica" que había despreciado estas manifestaciones culturales) debilitó la complejidad, el rigor y la actualización de los métodos críticos.

En esta última línea se privilegió la simpleza y claridad. La objeción parece dirigida a los intelectuales. Sin embargo, lo que subyace a esa exigencia, aunque se la haga en nombre y en favor del "hombre común", es una profunda subestimación: en el envés del antiintelectualismo que exige lo llano y lo fácil, está la idea de que el santificado "hombre común", en verdad, es duro de entender.

De este modo, la recuperación de las formas y las producciones de la cultura de masas por parte de la crítica quedó atascada entre dos callejones sin salida. Por un lado, las limitaciones que el antiintelectualismo imponía a la complejidad del modelo crítico de quienes se hacían cargo de tales objetos y, por el otro, el hecho de que se siguiera considerando (desde las formas más sofisticadas de los aparatos de lectura) que producciones tales como las historietas no eran objetos los suficientemente dignos como para ser abordados por semejante sofisticación.

No hubo demasiados intentos de sacar a la crítica de este empujamiento; en este contexto de lecturas, marcado por el desprecio o el populismo, la aguda indagación de Alan Pauls sobre la obra de Lino Palacio propone otra formulación sobre la crítica y abre otras posibilidades. Ya en el final de su ensayo sobre *La traición de Rita*

**LINO PALACIO. LA INFANCIA DE LA RISA**, por Alan Pauls. Espasa Calpe, Colección Humor Gráfico, 1995, 182 páginas.

Hayworth de Manuel Puig (Pauls ha publicado, además, tres novelas: *El pudor del pornógrafo*, *El coloquio* y *Wasabi*) quedaba planteada la oposición a la idea de que los medios masivos pudiesen ser pensados sólo desde las teorías de la manipulación.

En *La infancia de la risa*, Pauls despliega un análisis amplio e inteligente de la obra de Palacio; logra ser ameno y claro en su exposición sin por eso hacer concesiones a la simplicidad en cuanto al rigor de la lectura. *La infancia de la risa* comienza deteniéndose en los "Detalles" de los dibujos de Palacio: Pauls observa, por ejemplo, los tobillos demasiado flacos y frágiles o las "malformaciones" de la espalda de las figuras creadas por Palacio. Luego dedica un capítulo a "Los personajes", en el que estudia la lógica de la construcción de personajes como Don Fulgencio, Avivato, Ramona, etcétera. Sigue una tercera parte, llamada "El chiste chasco", donde se analiza un chiste en cinco cuadros de Lino Palacio, titulado "Los ajedrecistas" (junto con el estudio de la representación de las "diosas" en los dibujos de Palacio, lo mejor del volumen). *La infancia de la risa* concluye con una parte dedicada a las "Posturas" y con un panorama general de la obra de Lino Palacio.

La impecable investigación gráfica

POESÍA

## Los sonidos de

Este es el sexto libro de poemas de Hugo Mujica desde la aparición de su primera antología, *Brasa blanca*, en 1983. Nacido en Buenos Aires en 1942, estudiante de Bellas Artes por su fascinación por la pintura, pero también de filosofía, antropología filosófica y teología, hippie en Estados Unidos durante la década del 60, caminante de Europa entre 1974 y 1975 y monje trapense con estricto voto de silencio a lo largo de siete años, el hoy sacerdote y escritor es una de las figuras que más polémicas desató dentro de las estructuras nacionales de la Iglesia.

Justamente de su experiencia en el monasterio de la Trapa —la misma institución religiosa que inspirara la escritura de Ernesto Cardenal— Hugo Mujica extrae lo que podría llamarse el camino poético inverso del revolucionario nicaragüense. Mientras Cardenal pone el acento en la explosión y expansión de la palabra, Mujica prefiere valorar la sensación del silencio que se desprende de sus versos para mostrar, evitando caer en lo sobredimensionado, las posibilidades de un lenguaje mínimo en el cual nada está librado al azar: "Siempre queda algo de todo lo que pasa". El recorrido de Mujica hasta *Para albergar una ausencia* —abierto con el mencionado *Brasa blanca* y que continuó con los poemarios *Sonata de violoncelo* y *lilas*, 1984; *Responsoriales*, 1986; *Escrito en un reflejo*, 1987 y *Paraíso vacío*, 1992— incluye, además, cinco li-

**Lino Palacio**  
La infancia de la risa



de Martín Bonavetti dispone una articulación exacta entre los dibujos de Lino Palacio y los textos de Alan Pauls. Tanto la figura de los críticos como la de los dibujantes han sufrido el estigma de ser voces segundas respecto de un texto primero al que meramente debían ilustrar o comentar. En *La infancia de la risa*, en cambio, los dibujos y los textos se entrelazan en un diálogo horizontal en el que cada parte (la del ilustrador y la del crítico ilustrado) ilustra a la otra. El lector va y viene, de los dibujos al texto y del texto a los dibujos, en un goce simultáneo del humor y de la inteligencia crítica, de la historieta y de la reflexión.

MARTIN KOHAN

**PARA ALBERGAR UNA AUSENCIA**, por Hugo Mujica. Pre-Textos, 1995, 80 páginas.

bro de ensayos (*Camino del hombre*, *Origen y destino*, *Camino de la palabra*, *Kyrie Eleison* y *Kenosis*) y la antología de cuentos *Solemne y mesurado* de 1990, prologada por Ernesto Sabato.

Admirador de Enrique Molina, Olga Orozco y Alejandra Pizarnik, las diferencias estilísticas con Cardenal lo sitúan, llamativamente, dentro de la poética defendida por algunos de los escritores nicaragüenses posteriores a la revolución y que fuera recogida por Mayra Jiménez en *Poesía campesina de Solentiname*. Hay en Mujica, entonces, ciertos reflejos del haiku japonés (el sueño de la naturaleza, por ejemplo) que se mezclan con los ecos occidentales de dos de sus grandes maestros preferidos: el poeta austriaco Georg Trakl y el filósofo alemán Martin Heidegger.

Compacto, mostrando una teoría de conjunto con frecuencia ignorada dentro de la poesía nacional, *Para albergar una ausencia* refleja —como lo hacía Trakl— la nostalgia por lo perdido al mismo tiempo que la desmesura de lo que vendrá: "Que el horizonte jamás se alcance/es el don final de la vida://el regalo de no tener regreso//el atajo de estar perdidos". Así, ante la obra de Mujica, se podría afirmar junto a Heidegger que su poesía habla a



El hombre político se expresa en primer lugar mediante sus actos: de ellos depende, a ellos se debe. Discursos y escritos son sólo piezas de apoyo al servicio de un obra de acción". Con estas palabras empieza el prefacio de François Mitterrand a *Memoria a dos voces*, su libro de conversaciones con el premio Nobel de la Paz Elie Wiesel, escritor judío sobreviviente del Holocausto. Sin embargo, podría decirse que todo en un hombre de Estado se convierte en acción, incluidos sus discursos, sus gestos y su propia indumentaria.

Los últimos meses de Mitterrand como presidente de Francia fueron pródigos en este tipo de acciones. Precisamente en el momento de mayor parálisis política, con un gobierno de derecha dividido por las ambiciones suscitadas por la sucesión y con una oposición de izquierdas cuarteada y desmoralizada, Mitterrand se dedicó a esculpir su propia escultura histórica mediante discursos, declaraciones, libros y gestos inesperados. Una de estas acciones lingüísticas es el libro que acaba de aparecer en traducción española, en el que se recogen varias conversaciones con otro actor de primera fila de la vida internacional como es Elie Wiesel.

El libro apareció en plena decadencia mitterrandiana, con su cáncer avanzando tanto como los escándalos, y en un clima de revelaciones espectaculares sobre el pasado del anciano presidente. En el fondo son unos textos muy desiguales, en los que se mezclan la entrevista de corte meramente periodístico, el diálogo olímpico entre dos monstruos de la escena mundial, los monólogos en paralelo sin conexión entre sí y el interrogatorio brutal, en concreto cuando Wiesel inquiere sobre las sombras ideológicas del pasado de su interlocutor, principalmente en los tiempos ambiguos en que fue seguidor del mariscal Pétain.

Ciertamente hay momentos auténticamente brillantes. No en vano se trata de dos interlocutores de excepción, capaces de producir verdaderas perlas literarias y filosóficas. Especialmente interesante es el contraste entre dos itinerarios tan distintos, tal como se refleja en el diálogo sobre la infancia y la juventud: la de un niño judío hún-

## Silencio

HUGO MUJICA  
PARA ALBERGAR UNA AUSENCIA

artir de una equívoca ambigüedad. del mismo modo que para el filósofo ver significa ingresar en el silencio, expresar el verso que sigue de inmediato". Mujica propone en este libro una conversación del silencio que exalta la observación. "Una virgen que co- con una aguja sin hebras/el traje/pas- bodas", dice el autor.

De esta forma, *Para albergar una ausencia* se presenta como una fuente agotable de sonidos a punto de ser zuchados. O como prefirió demostrarlo ese otro gran poeta argentino, an L. Ortiz: "Las cosas están allí sinciosamente y uno va hacia ellas tam- en silenciosamente".

MIGUEL RUSSO

### DIALOGO

# El pragmático y el intelectual

MEMORIA A DOS VOCES, por Elie Wiesel y François Mitterrand. Andrés Bello, 1995, 194 páginas.

garo que consigue sobrevivir al horror de Auschwitz y la de un joven francés, de familia conservadora y católica, que combate a los alemanes, es hecho prisionero y se evade del campo de concentración. Para Mitterrand, el olor a incienso al entrar en una iglesia evoca la "intensa poesía" de los valo-

res místicos. "Ese olor me daba miedo", dice Wiesel, en cambio.

El contraste conoce momentos áspers cuando Wiesel se convierte en abogado de la razón moral, en nombre de su condición de intelectual, frente a la razón política del hombre de Estado. Esto sucede a propósito de la actitud de los aliados ante el expansionismo de Hitler y más tarde ante el Holocausto judío, aunque muchas cosas en esta parte del diálogo evocan inevitablemente la actitud occidental con relación a la limpieza étnica de la

población bosnia en territorio serbio. Wiesel clama indignado, mientras que Mitterrand parece comprender y conformarse, sin dejar de expresar su dolor.

En esto, como en las reflexiones sobre el poder, los diálogos permiten entrever algo de la miseria de la política contemporánea. El poder, la indignidad, el posibilismo, la claudicación caen sobre la cabeza del hombre de Estado, mientras el intelectual eleva el tono monocorde de su clamor. Al político se le inquiere sobre el secre-

to del poder. Y en el libro queda dicho bien a las claras: no existe, o sólo es que no hay secreto fuera de la ficción de que es secreto. Mientras que el intelectual, el que pregunta, tiene la llave de un poder que no se manifiesta como tal, que comparte con los otros poderosos y que Mitterrand explicita sinceramente, en todo el libro, en forma de una persistente e inequívoca voluntad, voluntad de poder claro.

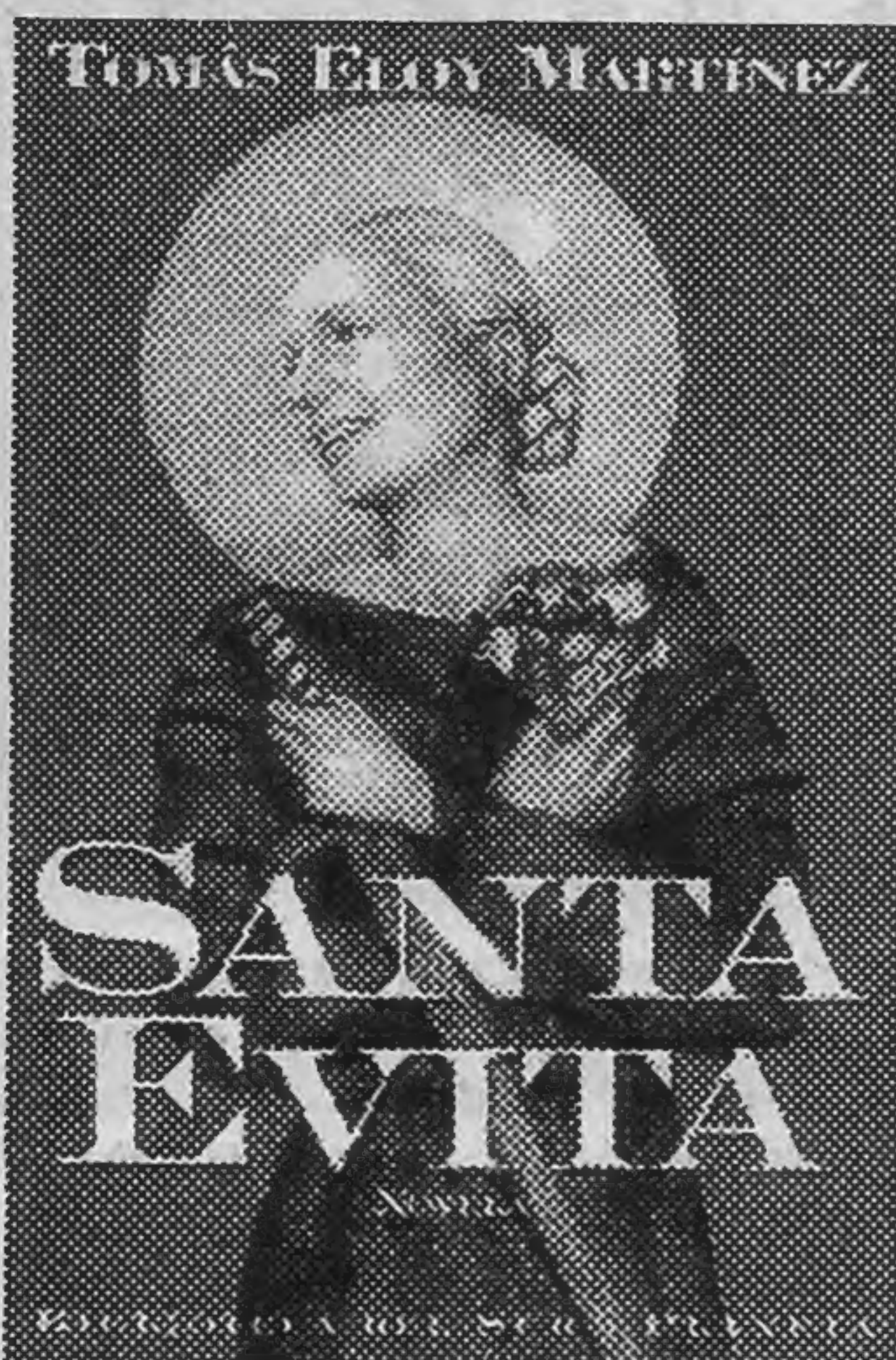
LLUIS BASSETS

François Mitterrand  
Elie Wiesel

## MEMORIA A DOS VOCES

EDITORIAL ANDRÉS BELLO

# Tómese un respiro COMPRE UN LIBRO



**TOMÁS ELOY MARTÍNEZ**  
**Santa Evita.**  
La increíble historia del cuerpo más buscado de la Argentina. Dijo García Márquez: "Aquí está, por fin, la novela que yo quería leer."  
PLANETA/BIBLIOTECA DEL SUR. \$19.

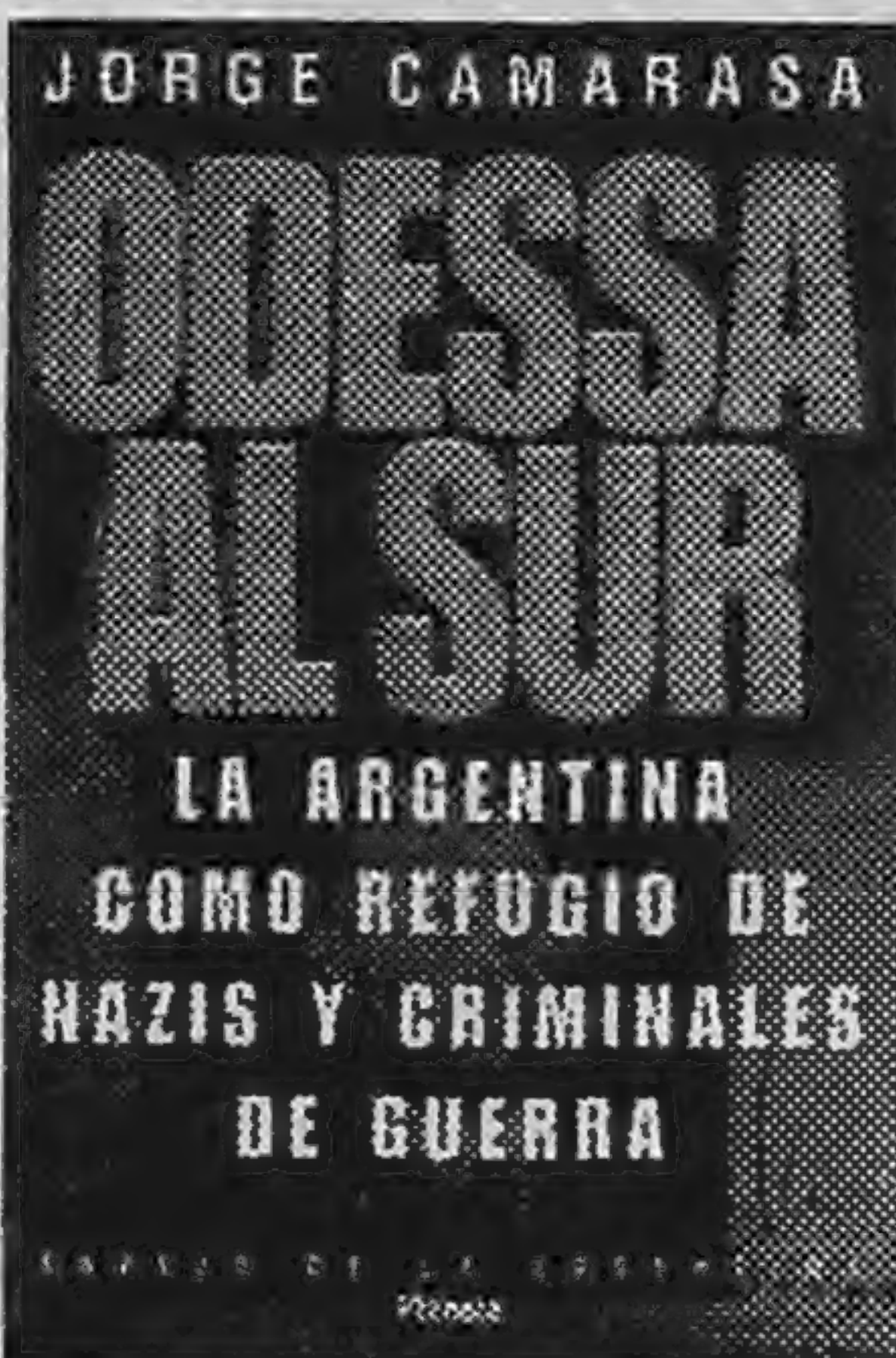
**JUAN JOSÉ SAER**  
**Glosa.**  
Una fiesta misteriosa. Dos hombres, que no estuvieron presentes, tratan de reconstruir lo que pasó. Ninguno de los dos sabe hasta qué punto la resolución del enigma compromete sus vidas. Por el autor de *La pesquisa*.  
SEIX BARRAL/BIBLIOTECA BREVE. \$18.

**RAÚL TARUFETTI**  
**Los mejores chistes de Tangalanga.**  
El regreso de *Tangalanga*. Sus mejores chistes y las más divertidas y anónimas llamadas telefónicas.  
LA MANDÍBULA MECÁNICA. \$10.



**MARIANA ENRIQUEZ**  
**Bajar es lo peor.**  
Una novela dura. Una historia de drogas y prostitución entre los jóvenes de Buenos Aires. El primer libro de una gran escritora de 19 años. FIN DE SIGLO/COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LANATA. \$15.

**JORGE CAMARASA**  
**Odessa al sur. La Argentina como refugio de nazis y criminales de guerra.**



La historia negra de los nazis en la Argentina. La responsabilidad de la Iglesia Católica, La Cruz Roja Internacional y el Gobierno peronista. Las nuevas pistas para ubicar el escondite de Alois Brunner, el más buscado de los nazis fugitivos. Una investigación rigurosa y documentada.  
PLANETA. \$20.

**ENRIQUE TORRES Antonella.**  
La vida de una heroína irreverente que mantuvo en vilo a millones de televidentes en todo el mundo. La historia que cambió para siempre los códigos de la telenovela.  
TEMAS DE HOY. \$16.



**PAULO COELHO**  
**A orillas del Río Piedra me senté y lloré.**  
Una gran historia de amor unida a los sentimientos de la fe y el don de curar. Una novela que fue comparada con *El principito* y con *Juan Salvador Gaviota*.  
MARTÍNEZ ROCA. \$16.



**MARIO BENEDETTI**  
**Quién de nosotros.**  
Su primera novela. Un triángulo amoroso y el interrogante de siempre: "¿Quién de nosotros juzga a quién?"  
SEIX BARRAL/BIBLIOTECA MARIO BENEDETTI. \$12.

**Reimpresiones:** Marcos Aguinis, *ELOGIO DE LA CULPA*, 3ª ed./ Marcos Aguinis, *LA GESTA DEL MARRANO*, 9ª ed./ Mario Benedetti, *EL AMOR, LAS MUJERES Y LA VIDA*, 2ª ed./ Jorge Luis Borges, *EL TAMAÑO DE MI ESPERANZA*, 5ª ed./ Noam Chomsky, *POLÍTICA Y CULTURA A FINALES DEL SIGLO XX*, 2ª ed./ Mariano Grondona, *LA ARGENTINA COMO VOCACIÓN*, 3ª ed./ Mario Pantaleo, *LAS ORACIONES DEL PADRE MARIO*, 4ª ed./ Tomás Eloy Martínez, *SANTA EVITA*, 3ª ed./ Ángeles Mastretta, *MUJERES DE OJOS GRANDES*, 9ª ed./ Mario Pergolini y Alejandro Rozitchner, *SAQUEN UNA HOJA*, 6ª ed./ Manuel Puig, *EL BESO DE LA MUJER ARAÑA*, 3ª ed./ Ernesto Sabato, *EL TÚNEL*, 5ª ed./ Juan José Saer, *LA PESQUISA*, 2ª ed./ Beatriz Sarlo, *ESCENAS DE LA VIDA POSMODERNA*, 6ª ed./ Víctor Sueiro, *MÁS ALLÁ DE LA VIDA I*, 23ª ed./ Víctor Sueiro, *PODERES*, 9ª ed./ Fernando Savater, *ÉTICA PARA AMADOR*, 10ª ed.

Planeta • Espasa Calpe • Temas de Hoy • Ariel • Seix Barral • Destino • Deusto • Martínez Roca  
**GRUPO EDITORIAL PLANETA**  
Av. Independencia 1668. 1100 Buenos Aires. Teléfono: 382-4045 (líneas rotativas). Fax: 383-3793



